

I

Identidad y globalización: entre la razón y la guerra

*Cristóbal Arteta Ripoll**

Filosofía y derechos humanos

En el libro de mi autoría, *El poder de la Ética*, precisaba, desde la perspectiva filosófica, cómo los derechos del hombre han adquirido en la jerga política una expresión sin igual. Es en el campo de la política donde más se los reivindica. Lo hacen con igual énfasis sus defensores, detractores y violadores. Pareciera que es desde la política como mejor se puede elaborar un discurso en defensa de los derechos humanos. Por esa razón, político que no se muestre defensor de los derechos humanos no tiene ninguna posibilidad de ascender en la escala de valores a la hora de aspirar a ocupar cargos de alta representatividad en la vida burocrática y política de una nación. Es más, se le considera fuera de contexto histórico.

Pero como la política ha sido tan desprestigiada por la praxis de quienes la han corrompido, la defensa de los derechos del hombre no ha adquirido la contundencia que merecen. Aparecen solo como fríos y simples catálogos en cuadernillos, manuales y leyes. Si la defensa real pasara por lo que se ha dicho y escrito sobre los derechos del hombre, no serían necesarias nuevas prédicas. Estaríamos asombrados del respeto por la dignidad del hombre.

Pero como es imposible prescindir de la política y de los políticos,

* Docente investigador de la Universidad del Atlántico y Libre; Asesor de investigación de la Universidad Simón Bolívar. Correo: cristobalarteta@yahoo.es

solo toca mirar la solución como perspectiva generacional. Porque la reivindicación de la política, como una actividad honesta y transparente, solo es posible con un cambio profundo de mentalidades para erradicar la maleza y para que germinen los nuevos fundamentos axiológicos de la humanidad. Cualquier solución cortoplacista se estrella contra la tozudez de la realidad.

Es un problema ético de profundas connotaciones y de trascendentes reflexiones que solo la filosofía puede abordar con la sabiduría que le caracteriza.

Es la filosofía y el poder de su mirada la que puede permitir ver, pensar, hablar y escribir sobre los derechos humanos, más allá de su simple aceptación en los marcos constitucionales y legales como simples decálogos antiguos, modernos o contemporáneos.

Gracias al nivel de conciencia crítica y autoreflexiva que alcanza la filosofía, los derechos humanos en el campo jurídico pueden llegar a dejar de estar rodeados de la desconfianza, de quienes según Savater (1997, citado por Arteta, 2010): “los consideran demasiados morales para ser estrictamente derechos; o para quienes piensan que por parecerse demasiado al derecho positivo no puede reclamarse en su nombre la universalidad moral” (p. 40).

Solo desde la perspectiva de la Filosofía del Derecho, con educadores educados para tal efecto y con la formación suficiente para emprender tan delicada y noble tarea, se puede dialogar y controvertir en escenarios académicos sobre los derechos humanos, sin encasillarlos o encajonarlos en los campos de la política, el derecho y la moral, independientemente considerados. La Filosofía permite ver, leer, entender y enseñar la transversalidad que caracteriza a los

derechos humanos en cada uno de los campos anteriores (política, derecho y moral).

El reconocimiento activo de los derechos humanos, en la filosofía no parte de la base de que el hombre tenga tales o cuales derechos, sino que el derecho a ser hombre, como lo señala Savater (1997, citado por Arteta, 2010): “es un estatuto consciente y voluntario que los hombres deben moralmente concederse unos a otros, como sujetos de derecho” (p. 40). Es el principio esencial para entender la vinculación, dignidad, necesidad y libertades humanas.

El éxito ideológico de los derechos humanos, en el marco de la globalización, debe reforzarse en la Universidad y desde la Universidad, a través de la Filosofía de los Derechos Humanos y sus proyecciones en la sociedad.

La ideologización de la razón

Lo más grave para los derechos del ser humano es el peligro de una nueva conflagración mundial que asoma. Es inocultable y parece que lo único que lo frena es el miedo a las descomunales proporciones de sus consecuencias, aunque la ética del poder del capital no conoce barreras diferentes a las que le impone la sed de riquezas, el dominio y el sojuzgamiento de los pueblos del mundo oprimido.

Pero mientras exista equilibrio geopolítico mundial entre las fuerzas hegemónicas, por la conformidad que se deriva del dominio territorial y de las coincidencias en el manejo y administración política, la situación mundial, aunque crítica, caótica y conflictiva, puede parecer normal ante los ojos de quienes poco interés muestran por ir más allá de las apariencias a través del estudio y la

investigación. Y ante estas miradas, obnubiladas por la ignorancia y las superficialidades como notas características del momento, nada que pueda poner en peligro la vida en la tierra está a la vista del hombre.

Si la reflexión se impone, la conclusión es franca: cuando la crisis imperial taladre el fondo, cuando la conciencia de los pueblos eleve su nivel político y la agudice aún más, cuando los recursos energéticos y las materias primas se agoten y la competencia por los residuos empeore los conflictos, entonces, en cualquier momento, lugar y bajo cualquier pretexto la voracidad incontrolada se desquicia de su carril y puede aparecer el incendio generalizado que terminará involucrando a tirios y troyanos en una nueva guerra mundial, cuya historia, tal vez, nadie contará porque justamente la especie en capacidad de contarla y escribirla será la más vulnerable a la desaparición.

Da la remota impresión que los conflictos bélicos que en el pasado siglo y lo que va corrido del presente han ocurrido, son escenarios no solo para mantener el control y la hegemonía, sino, además, para mostrar los dientes del poder militar, intimidar a los adversarios y ensayar el poderío de las armas y las nuevas tecnologías.

Todas las guerras y las armas utilizadas han recibido el peso inmisericorde de la razón para mostrar lo que no debió ser y fue. No hay guerra que no haya pasado por el filtro de la razón y que no haya sido escrita con sangre y con letras. Pero por lo regular las palabras surgidas, escritas y deletreadas, a pesar de lo que expresan, pocas veces son tenidas en cuenta a la hora de evitar que se repitan las barbaridades y atrocidades que generan.

Cuando Julius Robert Oppenheimer (1945, citado por Dyson, 2008)* se refirió en su discurso de respuesta al homenaje recibido, por su trabajo científico de la bomba atómica, dijo:

Con satisfacción y gratitud acepto de usted este certificado que me entregan para el laboratorio de Los Álamos†, para los hombres y las mujeres que con su trabajo y sus corazones lo han hecho posible. Esperamos que en los años venideros podamos mirar con orgullo el certificado y todo lo que significa.

Hoy ese orgullo ha de atenuarse a causa de la profunda preocupación que sentimos. Si las bombas atómicas se van a añadir como nuevas armas a los arsenales de un mundo en guerra, o a los de las naciones que preparan una confrontación bélica, llegará el tiempo en que la humanidad maldiga los nombres de Los Álamos e Hiroshima.

Los pueblos del mundo deben unirse o perecerán. Esta guerra, que ha asolado una parte tan grande de la Tierra, es la que ha escrito estas palabras. La bomba atómica las ha deletreado para que todos los hombres las comprendan. Otros las han pronunciado, en otras épocas, refiriéndose a otras guerras, a otras armas. Pero esas palabras no han triunfado. Hay algunos que, equivocados

* Julius Robert Oppenheimer (1904-1967). Físico estadounidense, hijo de un inmigrante alemán. Amigo de físicos famosos como Niels Bohr, Max Born, Albert Einstein. Cuando en 1939 éste último y Leo Szilard advirtieron de la amenaza de que el régimen nazi fuera el primero en obtener una bomba atómica Robert Oppenheimer se apresuró a impulsar sus investigaciones científicas para la puesta en marcha de la bomba. Se integró al proyecto Manhattan destinado a gestionar el desarrollo de energía nuclear con fines militares. Este proyecto fue implementado por científicos británicos y estadounidenses; y el propio Robert Oppenheimer eligió como sede central el laboratorio secreto de los Alamos en Nuevo México. En 1942 tras el éxito de la prueba realizada en Alamogordo se retiró como director del proyecto.

† Es un laboratorio del departamento de energía de los estados unidos, situado en los Alamos: Nuevo México, administrado por la Universidad de California. Es una de las instituciones multidisciplinarias más poderosas del mundo. Allí convergen expertos de la Física, la Ingeniería, la Química, la Matemática, la Informática, la Biología, la Geología y otras disciplinas. Fue fundado durante la Segunda Guerra mundial para coordinar el desarrollo científico del Proyecto Manhattan para el diseño y la obtención de armas nucleares.

por un falso sentido de la historia humana, sostienen que no triunfarán ahora. Pero nosotros no hemos de creer esto. Estamos comprometidos por nuestras obras, comprometidos en la consecución de un mundo unido ante este peligro común, por la ley y por la humanidad. (citado por Dyson, 2008, p.93)

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en 1939 las potencias en conflicto sí midieron las consecuencias de sus actos. Desconocerlo sería seguir creyendo que la locura no piensa ni razona y que detrás de ella no se esconde la cordura. Sí, la cordura del poder del capital ávido de riquezas, territorios, control y poder político. Cordura y locura en quienes detentan el poder del capital son inseparables. Habían racionalizado las barbaridades de la Primera Guerra Mundial y nadie creía que la Segunda Guerra Mundial fuera a ser menos brutal y menos desmoralizadora.

No hay dudas, que desde su perspectiva teórica actuaban en nombre de la verdad. Pero desde la perspectiva de Nietzsche una pregunta y dos reflexiones, ajustadas a su pensamiento complejo y contradictorio, pero por ello excesivamente significativo:

¿Es lícito sacrificar la humanidad en aras de la verdad?

¡Imposible! Si Dios quisiera, la humanidad podría morir por la verdad.

Si fuera posible, sería una buena muerte y una liberación de la vida.

Sin ciertas dosis de locura, nadie puede creer firmemente estar en posesión de la verdad; el escepticismo no tardará en presentarse.

A la pregunta: ¿Es lícito sacrificar la humanidad a una locura?, habría que responder negativamente, ya que creer en la verdad es precisamente locura. (Nietzsche, 1974, p.103)

Las primeras actuaciones de los estrategas militares y dirigentes políticos de los estados, con el apoyo de las instituciones es evitar lo inevitable: que la población civil sea víctima de las masacres, de los bombardeos y ataques aéreos catastróficos. Esto lo hacen para reducir y minimizar sus efectos. Ordenan el desalojo de los niños de las escuelas, los pacientes de los hospitales, preparan a los centros de salud para recibir víctimas y dementes en cantidades exorbitantes. Cuando Inglaterra le declaró la Guerra a Hitler, en el año de 1939, una de las primeras directrices de Neville Chamberlain fue ordenar a los hospitales que se prepararan para atender 250.000 víctimas civiles durante las dos primeras semanas; además de otras 250.000 personas que, según las previsiones, contraerían una demencia permanente. No eran cálculos arbitrarios, era la fuerza de la razón militar la que se expresaba basada en los cálculos de estrategias militares.

Los estrategas son estudiosos de la teoría política sobre la guerra. Saben a montones y a granel sobre los efectos funestos de la utilización de gases, armas biológicas y termonucleares. Saben que ni las grandes potencias, por muy poderosas y armadas que sean, pueden evitar sobrevivir en ninguna forma que se parezca a la actual. Saben de los problemas médicos, económicos y sociales en personas físicamente mutiladas y contaminadas. Saben que ni con actuaciones enérgicas y una férrea organización se puede evitar que esos problemas, al producirse al mismo tiempo, planteen dificultades insuperables. Saben de lo consistentes que son los efectos físicos y biológicos de las explosiones nucleares, a corto y a largo plazo, aunque no pueden medir si la población sometida a horrores y privaciones sin precedentes responderá con desesperación, apatía o con disciplina heroica, porque no pueden predecir las reacciones morales y espirituales. Saben de las hambrunas a que son sometidas

las personas durante y después de las catástrofes bélicas. Saben que si la civilización sobrevive a la guerra es difícil, inclusive, que se recupere a largo plazo.

Todo lo saben acerca de la guerra, nada ignoran. Pero también están convencidos de que la implicación directa de la población civil puede fortalecer su espíritu y cohesión social, tal como ocurrió con Inglaterra, Alemania, Japón y la Unión Soviética cuya resistencia y disciplina fueron inesperadas. Frente a esto último, el gran problema es que no existe una situación histórica paralela que pueda ser válida mostrando la utilización indiscriminada de las grandes potencias de sus arsenales nucleares.

A esta altura del escrito podríamos soltar un pronóstico para la reflexión: resistencia y disciplina, serían las constantes en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Japón, China, Rusia, Pakistán, India, después de ataques nucleares. ¿Pero cómo será el mundo un día después? Y para quienes puedan soportar y sobrevivir ¿no será acaso, mejor, no haber existido? ¿Y vivir para qué, después de la muerte en vida?

Quienes hicieron la Segunda Guerra Mundial aprendieron y teorizaron que los países en conflicto pudieron luchar y vencer sin destruir el alma de sus naciones, acrecentando sus sentimientos patriotas y chauvinistas. ¿No cambió, su curso la historia, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial? ¿Las lecciones surgidas de allí siguen siendo válidas?

Se podría pensar hoy que el mundo vive la transición de un nacionalismo violento, mediado por largos siglos de existencia,

hacia la consecución de un mundo unido por las divergencias. Pero no es tan cierta esta afirmación. Aquí es donde la razón, “vieja y ciega”, como la llamaba Nietzsche, falla. Incertidumbres, peligros frecuentes y equilibrios precarios parecen acompañar el curso de la historia, porque la sobriedad, la reflexión y la elocuencia de las páginas escritas, “con sangre y letra”, de nada sirven ante el ímpetu voraz y rapaz de la política imperial.

Ideologizados y politizados hasta las entrañas más profundas, los defensores de la guerra, como la continuación de la política por otros medios, jamás se creen servidores del infierno y del crimen. Por el contrario, se llaman servidores de su pueblo y de su patria.

Cuando Jodl fue juzgado por el Tribunal para los crímenes de guerra en Nuremberg, dijo:

En esta guerra cientos de miles de mujeres y niños quedaron destrozados en los bombardeos masivos, y hubo partisanos que utilizaron sin escrúpulos cualquier método que les pareciera efectivo. En una guerra como esta, las medidas severas, aunque sean cuestionables según las leyes internacionales, no son crímenes contra la moralidad y la conciencia. Porque creo y defiendo que el deber para con el pueblo y la patria está por encima de cualquier otro. Cumplir con ese deber fue mi honor y mi ley suprema. Estoy orgulloso de haberlo hecho. Que ese deber sea sustituido en el futuro por otro aún más elevado: el deber para con la humanidad. (Dyson, 2008, p.99)

Pocas horas antes de ser ahorcado, el 10 de octubre de 1946, escribió su última carta a sus amigos del ejército alemán, intentando buscar algún significado al deshonor de su muerte:

Queridos amigos y camaradas. En los meses que ha durado el

juicio de Nuremberg he dado testimonio a favor de Alemania, de sus soldados y de la historia. Los muertos y los vivos se congregaban en torno a mí, dándome la fuerza y el coraje necesarios. El tribunal emitió un veredicto en mi contra. Eso no fue una sorpresa. Las palabras que oí de vosotros fueron mi auténtico veredicto. En toda mi vida nunca hasta ahora me sentí orgulloso. Ahora puedo estarlo y lo estaré. Os doy las gracias, y algún día os las dará Alemania, porque no huisteis de uno de sus hijos más fieles en sus horas de penuria y muerte. Vuestras vidas en el futuro no deberán estar llenas de tristeza y odio. Pensad en mí solo con respeto y orgullo, tal como yo pienso en todos los soldados que murieron en los campos de batalla de esta guerra cruel cuando la ley les exigió que así lo hicieran. Sus vidas fueron sacrificadas para hacer a Alemania más poderosa, pero vosotros deberíais pensar que cayeron para hacer a Alemania mejor. Manteneos firmes en esta creencia y trabajad por ella durante todas vuestras vidas. (Dyson, 2008, p.99)

(A Alfred Jodl, por ser bávaro y no prusiano, Hitler lo eligió como jefe de operaciones durante toda la guerra.)

Pero el jefe de operaciones más brillante de los bandos que participaron en la Segunda Guerra Mundial fue Hermann Balck, quien a diferencia de Jodl no fue acusado de crímenes de guerra.

A sus 85 años de edad, en una entrevista concedida en 1979, comentaba a un periodista norteamericano sus experiencias en el conflicto, demostrando un gran conocimiento en el arte de la guerra y convencido que su trabajo se correspondía con el momento histórico.

Sus ideas al comentar una batalla contra los rusos en 1942 dan cuenta de sus conocimientos teóricos y prácticos como estratega de la guerra:

Es llamativo el hecho de que la mayoría de la gente crea que el ataque cuesta más bajas. Ni qué decir tiene, que el ataque es la operación menos costosa... Esta cuestión es en realidad sobre todo psicológica. En el ataque solo hay tres o cuatro hombres de la división que lo llevan a cabo; todos los demás se limitan a seguirles. En la defensa cada hombre debe mantener su posición él solo. No ve a sus vecinos; se limita a ver si algo o alguien avanza contra él. A menudo no está en igualdad de condiciones. Esa es la razón por la que suele ser eliminado fácilmente. Nada produce más bajas que una defensa fallida. Por consiguiente hay que atacar siempre que sea posible. El ataque tiene una desventaja: todas las tropas y todo el operativo están en movimiento y tienen que saltar. Esto es bastante fatigoso. En la defensa podemos buscarnos una buena madriguera y echar un sueñecito. (Dyson, 2008, p.104)

Refiriéndose a esos dos personajes Dyson (2008) escribe: Tanto Jodl como Balck fueron hombres buenos que trabajaban por una causa mala. Ambos utilizaron su pericia profesional para conquistar y asolar media Europa. Ambos continuaron poniendo en práctica sus habilidades durante los largos años de retirada, cuando el único resultado de sus esfuerzos era prolongar la agonía de Europa. Ambos parecían ser indiferentes a los sufrimientos de las personas cuyas casas aplastaban y quemaban con sus tanques. Sin embargo, el juicio de Nuremberg estableció una diferencia entre los dos. Con independencia de que el tribunal de Nuremberg estuviera debidamente constituido según las leyes internacionales, sus decisiones expresaban el

consenso de la humanidad en aquel momento de la historia. Jodl fue ahorcado y Balck quedó en libertad, y la mayoría de los espectadores interesados estuvieron de acuerdo en que se había hecho justicia. (p.106)

¿Bajo qué perspectiva ética quienes teorizan, dirigen y controlan las guerras convierten sus hazañas en supersticiones heroicas, construyen un estilo que no excluye el arte de pavonearse y vanagloriarse, y descubren un asombroso anhelo de presentar la batalla y cortejar a la guerra como si fuera un amante? Sí, con la misma con la que asesinan de felicidad a millones de semejantes, convencidos, además, de que la tarea es peligrosa y que en cualquier momento esa puede ser la última batalla para cualquiera de ellos.

¿Qué tal que quienes teorizan y quieren la guerra, cuando piensan en ella piensan en sí mismo no como guerreros, sino como víctimas? ¿Morirían antes que permitir, por ejemplo, la rendición ante el invasor, bajo el pretexto del sacrificio para evitar el sufrimiento y la extinción de la civilización?

De cualquier modo, conceptos como destrucción, asesinatos, homicidios, acciones suicidas son ingredientes ideológicos del guiso racional frente a la guerra.

La ideologización de la razón los conduce a nacionalismos exuberantes, los cuales una vez exacerbados pueden conducir a la cordura de liderazgos bélicos como en el caso de Winston Churchill en Inglaterra o a la paranoia y a la destrucción como en el caso de Adolfo Hitler en Alemania. Otros ejemplos que hicieron realidad los sueños personales de gloria y mostraron diferencias en la realización del espíritu marcial los encontramos, remontando la línea histórica, en Estados Unidos con Washington y en Francia con Napoleón.

En cualquier caso, la razón filosófica frente a la guerra le rinde culto a las grandes locuras de la época actual; el culto ciego a la obediencia militar y a las armas de destrucción masiva sin miramientos de que ellas lleven a la degradación moral, al desmembramiento de naciones y a la amenaza de aniquilación de la humanidad. Este ha sido el sentido de esa razón, inclusive mucho antes de que el estratega militar italiano Giulio Dughet predicara el evangelio de los bombardeos estratégicos, y el británico Hugh Trenchard los llevara a la práctica, cuando convenció a su gobierno de atacar con una flota de bombardeos pesados a la economía civil alemana.

Inglaterra abrió el camino y Estados Unidos lo siguió; labraron la vía a Hiroshima y Nagasaki.

Es difícil encontrar en la historia un pueblo cuya memoria no guarde la presencia extranjera que se desplaza a través del país, devastando y consumiendo la sustancia del pueblo, corrompiendo la lealtad de sus dirigentes con chantajes y sobornos, por lo general superiores en tecnología, movilidad y estrategia militar. Este es uno de los factores que obliga a invasores e invadidos a conformar y mantener grandes ejércitos y a dedicarse seriamente a estudiar el arte de la guerra.

Los rusos, por ejemplo, fueron invadidos por los mongoles y tardaron 300 años para expulsarlos. Luego llegaron a su territorio invasores de Polonia, Suecia, Francia y Alemania, pero esta vez solo necesitaron 4 años para echar a los alemanes gracias a sus progresos en la organización militar.

Eso los convirtió en grandes guerreros con una rígida unidad

política y disciplina militar, dedicando una gran cantidad de recursos a la producción de armas. Después de 1941 los rusos, que habían sobrevivido a los invasores alemanes, se organizaron y crearon el ejército más formidable del planeta. Dice Dyson (2008) que tantos hechos históricos como víctimas los han llevado al convencimiento que cuanto más piensan en sí mismos como tales, más formidables son como guerreros. Cuanto más piensan en la guerra, más piensan en sí mismos, no como guerreros, sino como víctimas.

Tal vez, quien mejor ha concebido la naturaleza de la guerra como Rusia la percibía, es Tolstoi, a través de su novela *Guerra y Paz*. En ella ve la guerra como una improvisación desesperada en que nada funciona planificadamente y nadie puede calcular las consecuencias de la victoria como la derrota.

Una idea de la crueldad de la guerra en la novela la expresa el héroe, el príncipe Andrei, en la víspera de la batalla de Borodino:

La guerra no es una diversión entre caballeros, sino la cosa más vil que uno puede llegar a conocer, por lo que es preciso comprenderla y no convertirla en un juego. Hemos de aceptarla, con seriedad y austeridad, como una necesidad terrible. (Dyson, 2008, p.119)

La ideologización de la guerra mina de tal manera la conciencia del soldado que si lo llaman para disparar un misil que arrasaría ciudades, no tendría más dudas que los que lanzaron las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki y los que las han seguido lanzando sobre Afganistán, Irak, Libia, Siria, y seguirán lanzando hacia el futuro.

Pero como todo tiene su contrario, la prédica epistolar sobre la

guerra tiene su contraparte en la tradición pacifista que durante siglos ha propagado la ética de la no violencia, unas veces como cuestión de conciencia individual, otras como cálculo táctico y político. Movimientos pacíficos de renombre en el mundo merecen mención: los anabaptistas y los cuáqueros (siglo XVIII), los amis de Pensilvania, Gandhi y sus seguidores. Los cuáqueros fueron los primeros agitadores en contra de la esclavitud en el mundo, principalmente en Inglaterra y América, primero para poner fin al lucrativo comercio de esclavos traídos del África y luego para acabar con la explotación inmisericorde allí donde estuviera. En 1833 se realizó la pacífica liberación de los esclavos de las Indias Occidentales y 30 años más tarde la sangrienta liberación de los esclavos americanos.

La abolición de la esclavitud fue una tarea de gran envergadura que no ha terminado de cumplirse por la existencia de otras formas, igualmente violentas, de esclavitud y dominio ejercido por la razón de Estado, del capital y su ley.

¿No es acaso una forma de esclavitud tener un ejército de desempleados, cuyos integrantes ante la desesperación por sobrevivir se someten a los caprichos, sobornos y disposiciones del empresario, terrateniente, el banquero, el financista sin posibilidades ciertas, en términos reales y concretos, de tener libertad de opinión, organización y protesta a pesar de estar consignados en marcos constitucionales?

Esa es la gran preocupación de la humanidad, pero tiene otra igualmente inmensa y peligrosa: la tenencia de armas de destrucción masiva y la disposición real de su utilización por parte de quienes se consideran dueños del mundo, argumentando razones de seguridad de Estado y razones de guerra preventiva bajo el principio bélico “si

no ataco primero a mi enemigo él me ataca”. En 1872, el filósofo de la sospecha, anticipándose a los grandes teóricos de la guerra, escribió:

En política muchas veces el hombre de Estado anticipa la acción de su enemigo y la realiza con anterioridad. “Si yo no la hago la hará él”. Una especie de legítima defensa como principio político. Punto de partida de la guerra. (Nietzsche, 1974, p.78)

Después de la destrucción del world Trade Center, por parte de terroristas, en el año 2001, queda el convencimiento que la perversidad ante la defensa de intereses estratégicos de carácter político, religioso o de cualquier otra índole, no conoce límites éticos a la hora o al momento de actuar, arrasar, sin contemplación destruir y aniquilar sin discriminación alguna. Parecida fue la reacción inmisericorde y brutal contra las monstruosidades cometidas por invasores en otros tiempos y lugares. Definitivamente, “la historia se repite dos veces, en forma de comedia, la segunda como farsa” (Marx, 1980, p.212).

Pero como todo pasado es siempre presente, esa misma razón que históricamente ha apelado a la justificación de la crueldad mediante los argumentos de fuerzas destructoras, unas veces como réplica y otras veces como contrarréplica, hoy está presente en el mundo acompañando a los estados opresores y hegemónicos por el dominio geopolítico, pero también a quienes en nombre de otros ideales y sueños libertarios luchan por otros mundos, tal vez, diferentes y posibles.

Identidad, identidades y globalización

Tesis

La presencia del conquistador español en América produjo una cultura neocolonial dominada, en cuyo seno gran parte de la élite

oligárquica ilustrada, continuando con mecanismos ideológicos de penetración y dominación, en vez de negar lo introyectado por el conquistador, se dedicaron a fabricar mitos y mentiras vivientes que poco o nada tenían ya que decir.

Es el caso de Sarmiento (1871), quien afirmaba que en el mismo suelo hay dos civilizaciones distintas: una naciente, originaria y la otra que intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. Una es inteligencia, la otra es la materia. Una civilización es bárbara, materia bruta que se asimila con lo indígena, aún lo tártaro asiático, con lo árabe, con lo mahometano, salvaje, con lo pastoril. Fruto de esa barbarie es el mestizo, el gaucho. Por esta visión sobre la filosofía de la historia se terminó confundiendo el proyecto pedagógico de la “periferia” con el del “centro”, negando el proyecto de la cultura popular.

No entendió, como dice Dussel (1991), que “hubo un mundo, otro que el europeo y que por la lógica de la dominación se lo redujo a un ente, una cosa a disposición de la civilización del centro. Lo amerindiano es el Otro, negatividad metafísica negada” (p.109).

Refutación

Se le debe al argentino Domingo Faustino Sarmiento el haber formulado en forma definitiva las figuras literarias de civilizado y bárbaro. Ello lo logra una vez desterrado en Chile, con la escritura de una serie de artículos publicados en 1845 en el diario El Progreso con el título “Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina”. Es su pretensión elaborar un esquema de interpretación de la inestable estructura cultural y política de la Argentina sometida a la dictadura de Juan Manuel Rosas.

Al caracterizar las inmensas distancias entre las comunidades de la pampa y las condiciones rurales y aisladas de la población, considera que allí están las causas del fracaso del sistema político y educativo, y de la barbarie inevitable de la gente. Era necesario superar la falta de todos los medios de la civilización y el progreso procurando reunir a los hombres en sociedades numerosas y educarlos en las modernas disciplinas del saber europeo: las ciencias, las humanidades, las artes, la literatura y la historia.

Esa sociedad liberal que en 1845, con el tirano Rosas en el poder no existía en Argentina, requería de la inmigración europea y de la aniquilación del indio, al que calificaba de salvaje y que, por tanto, era necesario eliminar de la faz argentina para garantizar el progreso. En este proceso quedaría el gaucho como representante de la nación primitiva y bárbara, y el argentino del futuro sería un individuo civilizado, urbano, educado y trabajador. Este sueño concebido cuando escribió el *Facundo* en 1845, parecía muy lejano, pero pocos años después, él mismo y sus compañeros de generación lo intentaron llevar a la práctica, participando activamente en la vida política. Allí comprendió que las cosas no eran tan fáciles como aparentemente el paraíso liberal las hacía ver.

Una de sus grandes preocupaciones fue la educación que lo llevó a presentar propuestas pedagógicas en las que prevalecía el culto a la experimentación y el rechazo a la enseñanza memorística, pero sin menospreciar la invención y la creación del intelecto. El espíritu, decía:

(...) es un instrumento apto para examinar toda clase de hechos, y para encontrar la relación de causa a efecto importa poco que se produzca de este o del otro lado de los Andes, a las márgenes del Sena o del Plata o del Hudson. (Sarmiento, 1915, p.442)

En su concepción filosófica consideraba que el carácter universal de las ideas facilitaba su adaptación a cualquier tipo de circunstancias, más allá de aquellas que las vieron surgir. Algunos críticos como Guadarrama consideran que con tal posición, Sarmiento “soslayaba la historicidad y la concreción necesarias que debe poseer todo pensamiento que pretenda captar acertadamente la realidad circundante, la cual no se manifiesta jamás de forma idéntica a la que se da en otras partes” (Guadarrama, 2003, p.324).

Se caracterizó el pensador argentino por ser un defensor de las ideas y prácticas democráticas criticando fuertemente al caudillismo como expresión salvaje de direcciones no civilizadas y cuyas posturas voluntaristas y arbitrarias pretendían hacer depender el desarrollo social del carisma del líder. Por eso, en su criterio era necesario la participación y el consenso para lograr marcos constitucionales democráticos y anticaudillistas con verdadero sentido educador. Fue un hombre de teoría y práctica, y lo demostró cuando como presidente de la República de Argentina no abandonó su labor pedagógica para mostrar con su ejemplo la profunda confianza que se debe tener en el papel emancipador de la educación.

Sarmiento (1871) fue un cultor de la libertad, pero entendida en un sentido más individual que social. A propósito señalaba:

Legar la libertad a sus hijos es la mejor y más productiva herencia que una generación puede dejar a otra; y al constituir un Estado es digna y grave preocupación de sus legisladores hacer efectiva esa bendición que es el origen de todas las otras. (citado por Larroyo, 1978, p.95)

Pero no es solo la libertad política su preocupación, también la libertad económica e ideológica. Es decir, una libertad en sentido

amplio es la que deja plasmada en dos de sus obras clave: *Facundo* (Sarmiento, 1871) y *Conflictos y armonías de las razas en América* (Sarmiento, 1915).

Esa libertad también se manifiesta en su preocupación por emancipar las escuelas de la enseñanza religiosa como vieja herencia de la época colonial. Por esta razón, fue gestor e impulsor de la ley 1 de 1884 de educación laica. Y muy crítico de quienes querían por todos los medios utilizar la religión para justificar el totalitarismo con el cual se quería seguir manipulando a estos pueblos. Su postura religiosa era consecuente con su identificación con la masonería. Pero fue un crítico mesurado con un discurso lleno de razones anticlericales no radicales.

La libertad económica la considera como necesaria para el desarrollo y progreso capitalista. Al respecto afirmaba: “no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es lo que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones” (Larroyo, 1978, p.8).

Según Guaderrama (2003), Sarmiento entronca su pensamiento progresista con dos conceptos: primero, el hombre no es por naturaleza malo, sino portador de algunos elementos que bien pueden conducirlo al mal, y que están relacionados con el entorno social. Su desarrollo es perfectible, pero hay que crearle las mejores condiciones exteriores para que pueda adelantar en todos los aspectos de su vida; y segundo, solo saliendo de la barbarie se puede llegar a la civilización. Pero el camino adecuado es seguir el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica o de los países europeos.

Mira hacia Europa porque considera que es civilización y la

mejor manera de luchar contra la barbarie es ser europeísta. Es Europa el norte, pero no la Europa ibérica sino la franco-anglosajona, porque con la primera no se puede reconstruir América por ser sinónimo de inferioridad, sino con la segunda, sinónimo de adelanto y desarrollo. Por lo tanto, es indispensable y necesario un programa completo de europeización de América latina en lo económico, político, social y cultural para aprovechar las mejores influencias de la Ilustración franco-anglosajona y acabar con el atraso y la barbarie. De allí su alternativa: “civilización o barbarie”*, la cual refleja claramente el enfrentamiento conceptual con la Europa ibérica, atrasada y bárbara, frente a la América indígena y la América mestiza construida con la herencia directa de la colonia.

Es preciso aclarar que solo cuando comparaba la cultura española con la indígena prefería a la primera, pero con cierto dejo y resignación. Y al referirse al proceso de conquista y colonización lo justificaba plenamente.

Y en ese sentido justificaba la conquista y colonización ibérica: porque es preciso que seamos justos con los españoles, al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina.

Esto es providencial y útil, sublime y grande. (...) creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América, ahora como

* Ver: Beorlegui, C. (2004). Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad. Edit. Universidad de Deusto, Bilbao.

entonces nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización; ni principiar la historia de nuestra existencia por la historia de los indígenas, que nada tienen de común con nosotros. (citado por Guaderrama y Anderson, 1967, p.75)

Consideraba que las razas indias y negras cuando se mezclaron con la española, ya esta se había a su vez mezclado con los árabes y por tal razón todas ellas eran inferiores, no es sentido biológico sino cultural, por eso suponía que podían mejorar por medio de la educación así como en otras condiciones, por lo que aseguraba Sarmiento (1871) que en todas las razas el progreso de la inteligencia es posible y seguro.

Las concepciones antropológicas de Sarmiento lo vincularon tempranamente con concepciones frenológicas que lo llevaron a sostener que los salvajes tienen todos el cráneo del mismo tamaño y piensan todos lo mismo; es decir, no piensan sino que sienten.

Para él, a los pueblos indígenas les había atrofiado la inteligencia, por lo que no poseían iniciativa social y empresarial ya que eran puro instinto. Esa postura algo nihilista lo llevó a pensar que “Si dándonos España todo lo que tenía nos dio poco, nada debemos a los indios”.

Sarmiento era de la idea que había que poblar aquellas tierras de Suramérica, pero no de negros ni de indios sino de europeos, especialmente de obreros calificados y de hombres blancos con una cultura superior. Por eso su principal lema era: “Gobernar es poblar en el sentido que poblar es educar, mejorar, civilizar, enriquecer, engrandecer, espontánea y rápidamente como ha sucedido en los Estados Unidos” (Sarmiento, 1871, p.83).

Es conocido que la aniquilación de los indios del Oeste en Norteamérica fue el modelo que siguieron los argentinos en esa llamada Campaña del Desierto con los aborígenes de las regiones de la pampa.

Ese pensamiento de Sarmiento fue duramente criticado por varios pensadores latinoamericanos, sobre todo en lo que toca al carácter discriminador de los pueblos latinoamericanos, tanto los aborígenes y ancestrales como el producto de sus mezclas con otros pueblos europeos, africanos y asiáticos. Entre ellos Martí (2005), quien sostenía que eran equivocadas las apreciaciones en torno al presunto conflicto entre civilización y barbarie sostenido por Sarmiento, puntualizando que América se debe ante todo a sus indios y que salvarlos es salvar a América.

Pero a Sarmiento no se le puede juzgar solo por lo que pensaba y por sus etiquetas sino por sus realizaciones. Cuando en 1851 logró asumir la presidencia, al reemplazar al dictador Rosas en Argentina, demostró que tenía la talla y la intelectualidad capaz de asumir las riendas del poder debidamente, realizando una amplia labor de educación popular durante su gobierno y procurando avances superiores de desarrollo en todos los órdenes y estimulando para que se lograra para los pueblos latinoamericanos.

A pesar de que -influenciado por el poderoso vecino del norte- propusiera la creación de una especie de Estados Unidos de América del Sur, contribuyó grandemente a la aspiración integracionista de Argentina frente a los caudillismos y sus aspiraciones federalistas. Su anhelo era integrar a la Argentina, Uruguay y Paraguay en un sistema político con teniendo como capital la Isla Martín García, a la entrada de ríos que serían libremente navegados por barcos de todas las banderas.

Más allá de las críticas fundadas e infundadas, su prolongada y fructífera labor por continuar la tarea de nuestros próceres por una mayor justicia, mejores formas de organización política, freno al gamonalismo, al desintegracionismo, al oscurantismo, la corrupción, al atraso agrario e industrial, entre otros objetivos, lo cierto es que Argentina durante sus seis años de presidencia viró significativamente en la historia latinoamericana. Y no solo Argentina, porque su ejemplo con su pensamiento y *praxis* liberadora, influyó y dejó huella en el Cono Sur.

De cualquier manera es evidente que su desdén por lo indígena resulta muy difícil para ubicarlo como parte del grupo de pensadores que valoraron, estudiaron y defendieron la necesidad de la identidad latinoamericana.

El intento de construir la nueva identidad de latinoamericano desconociendo que ella solo era posible con aquellos indios, mestizos, mulatos y criollos, y no solo con inmigrantes anglosajones, fue tal vez su mayor error. Pero, independientemente de tan ...equivocas perspectivas etiológicas no cabe la menor duda que logró construir no solo escuelas e instituciones, sino también perspectivas de progreso y superación del atraso mental en las recién emancipadas repúblicas y en algún modo influyó positivamente con su *praxis* política imbuida en el liberalismo y el espíritu democrático, en la promoción de nuevos elementos constitutivos para la identidad cultural argentina y porque no latinoamericana. (Guaderrama y Anderson, 1967, p.344)

La oposición a la concepción de Sarmiento es tan amplia y compleja como la geografía latinoamericana y es posible hoy una crítica más objetiva y real capaz de comprender en su real

dimensión su significado. Pero toda obra es hija de su tiempo y responde a sus exigencias, y la de Sarmiento no es la excepción. Como no es la excepción los pasos perdidos del escritor cubano Alejo Carpentier, en la cual reproduce, cien años después la exacta oposición dialéctica a la obra de Sarmiento.

Referencias Bibliográficas

- Arteta, C. (2010). Breves anotaciones sobre ética, derechos humanos y educación en América Latina. El caso colombiano. *Revista Amauta*, 8(15), 33-48.
- Beorlegui, C. (2004). *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Bilbao, España: Ed. Universidad de Deusto.
- Dussel, E. (1991). *La Pedagógica latinoamericana*. Bogotá, Colombia: Ed. Nueva América.
- Dyson, F. (2008). *El científico rebelde*. Barcelona, España: Ed. Debate.
- Guadarrama, P. (2003). *José Martí y el humanismo en América Latina*. Bogotá, Colombia: Ed. Convenio Andrés Bello.
- Guadarrama, P. & Anderson, E. (1967). *Genio y Figura de Sarmiento*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Universitaria de Buenos Aires.
- Larroyo, F. (1978). *La Filosofía latinoamericana*. Ciudad de México, México: Ed. Porrúa.
- Martí, J. (1891). *Nuestra América*. Caracas, Venezuela: Ed. Ayacucho.
- Marx, C. (1852). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Moscú, Rusia: Ed. Progreso.
- Nietzsche, F. (1872). *El libro del filósofo*. Barcelona, España: Ed. Taurus.
- Sarmiento, D. (1845). *Facundo o Civilización y Barbarie en las Pampas argentinas*. Chile: Ed. El progreso de Chile.
- Sarmiento, D. (1883). *Conflicto y armonías de razas en América*. Argentina: Ed. La Cultura.